

Quito, mayo 28/28.

Al Sr. Dr. D.
Remigio Romero León
Cuenca.

Papacito:

Son ya tres correos que no recibo cartas tuyas, no obstante que yo no he dejado uno solo de escribirte. Supongo que los caminos estarán entran-
sables, y que habrá valija estancada en alguna parte.

Esta mañana, cumpliendo con los dictados de la amistad y la honrra de bien, estuve en el Cementerio de San Diego, a inhumar el cadáver del Dr. Cordova. Lo recibí también, en la estacion, cuando llejé de Guail; en una palabra, demostré que yo sé guardar respeto para los hombres que, alguna vez, se llamaron mis amigos.

Como anunció la prensa, debí tomar la palabra, y escribí, al efecto, el discurso respectivo, que mañana aparecerá, o pasado, en el Comercio; pero sucedió lo inesperado. Mi discurso, por un exceso de delicadesa, lo leí previamente al Dr. Valeri, que lo halló muy "sereno y muy discreto" - son sus palabras. - Pero hablaron antes que yo los

Señores José María Ojora y Manuel María Borrero,
representantes, respectivamente, de los Decretos Li-
berales del Pichincha y del Oruzay. El discurso de
José María Ojora - dado el odio brutal que este casti-
va contra su hermano Pedro - fue un bombarzo, con-
tra la dictadura, contra la fuerza, contra el gobierno
en sus hombres y en sus hechos. La el público espera-
ba la cosa; pero lo que no esperó es que la plebe,
sugestionada por la declamación y en pleno cernenteno,
se pusiera a vociferar, a los gritos de ¡Viva Lasso! - Cada
palabra de J. M. Ojora era un insulto a su hermano
Pedro; principio por llamarle "individuo", concluyendo
por tacharle de "tirano". Lo sentí un calofrío de ese,
ante esa actitud fratricida, como lo sintieron casi
todos. Los únicos que se reían eran Manuel Bola-
rezo, la sombra trágica de Córdova, y Pío Jaramillo
Alvarado, el Cinco.

A continuación, habló Manuel María
Borrero. No he visto ni oído, en mi larga vida, un
clerofobo más imbécil. Durante hora y pico (¡70
minutos!) el bárbaro no hizo otra cosa que incul-
tar monjas y curas, campanas y sacristías, Cirios
y candeleros. No capa de juzgar la obra doctrinaria
del defunto, no dejó de leer con cabeza, en arun-
tos clericales. Que cosa más estúpida, el Kelo-
métrico discurso del praisano.

Caldeada la atmósfera del auditorio por

Oyora, en un sentido, y por Borrero, en otro - pues habia Conservadores de nota en el Refugio - el audio como estaba fatigado de los 50 minutos del orador Oyora y los 70 del orador Borrero. Antes de que este llegara a la tercera parte de su pieza, la gente se largaba con disgusto. Cuando Concluyó, apenas si quedaban veinte personas en torno del púlpito.

Creí, pues, cuando, guardasme mi discurso en el bolsillo, y me lo guardé, en efecto. No iba a hacer un papel ridiculo, pronunciado mi loca ante un grupito de familia, tras un cansancio de horas, bajo un Sol implacable, y en un medio ya maldonado por lo que habian hablado. En consecuencia, preferí dar mi trabajo a El Comercio, con la nota de que dejó de pronunciarse por no alargar demasiado la ceremonia. Figúrese que salimos de la casa mortuoria y fuimos a pie hasta San Diego, en hora y poco de viaje. La cosa era muy portable...

Ojalá no haya sido pesado, ab refrendo estas cosas. Pero pueden que le hayan distraído un poco. Vd. lleva, entre líneas, todo lo que naturalmente ha debido escribir entre líneas...

Reciba los tres Corazones de un grupo,
salude a mis hermanos, y crea en el santo
y profundo amor con que le quiere su

Remigio

P. S. - No estaría demás que el Dr. Muro-
vez delegase al Dr. Cordova, más o menos,
en este sentido "Suplicole dar curso al tras-
lado que Ud. prometió al Dr. Romeo Contero". -
Cuando lo haga, se lo hace, que también me
lo comuniqué.